VALORES NOVELISTICOS DEL MEJICANO FERNANDEZ DE LIZARDI

En honor del maestro Dámaso Alonso van estos comentarios que él sabe en qué difíciles circunstancias los escribo. Pero ello será testimonio de mi mucho cariño y devoción.

Pocos autores más representantivos de la ideología de los años de la independencia mejicana que el escritor Fernández de Lizardi. Surgido en la encrucijada de dos épocas bien significativas y las mejor dotadas para producir tal fenómeno en aquel país —siglos XVIII y XIX— él representó al hombre complicado de dichas décadas, el mejor preparado para subvertir el orden establecido. De considerarlo más que *El Pensador Mejicano,* como creador narrativo, su importancia sube muchísimo sobre sus contemporáneos y avanza con pluma de cuentista hasta enlazar, estimo, con nuestra misma época, de la cual viene a ser no precursor sino en mucho hombre de hoy.

LA NOVELA HISPANOAMERICANA

En rigor de conceptos, durante el período español no hubo novelas propiamente dichas.

Se quiere relacionar esto con las prohibiciones de las obras de imaginación que se dieron en los años 1532 y 1543: «Libros de Romances que traten materias profanas y fabulosas historias fingidas, porque se siguen muchos inconvenientes».

Si ello fue ordenado, en realidad entraron muchas de la Península como comprueban los catálogos de importación de libros. No obstante las imprentas hispanoamericanas no las imprimieron.

Es verdad, que tuvieron carácter novelesco las *Crónicas de Indias,* e incluso algunos libros como los *Comentarios Reales* del inca Garcilaso o el *Cautiverio Feliz* de Núñez de Pineda y Bascuñán, *El Carnero,* de Rodríguez Freile, la *Restauración de La Imperial y conversión de almas infieles* de fray Juan de Barrenechea, los *Infortunios de Alonso Ramírez,* por Carlos de Sigüenza y Góngora, *los Sirgueros de la Virgen sin original pecado* de Francisco Bramón, entre otras obras. No cabe duda que como sus mismos títulos demuestran no se trataba de novelas, aunque tuviesen pasajes más o menos novelescos.

La novela es producto de madurez. Necesita un medio apto; un estado propio. Los criollos leían novelas, pero una cosa es leerlas y otra componerlas.

En Europa había sucedido lo propio, si bien hay que tener en cuenta la mayor antigüedad de sus testimonios literarios. En España, por ejemplo, se sigue el mismo proceso: Romances épicos, Género pastoril, Libros de caballería, etc.

Es en 1773 cuando aparece un libro que por su construcción y la forma de narrar se puede considerar como inicio de novela: *El Lazarillo de ciegos caminantes* de Calixto Bustamante Carlos Inca, alias Concolorcorvo, que según su testimonio fue sacado de las *Memorias* de don Alonso Carrió de la Vandera. Documento de época valiosísimo, con mezcla de lo descriptivo y lo crítico; pero realmente resultaba un libro de viajes y no una auténtica novela.

Antes de llegar a las novelas románticas (que ya si que lo fueron, aparecidas a partir de 1851, con la *Amalia de Mármol* o *El Matadero* de Echeverría, escrita en 1838, aunque publicada en 1871), están las obras de nuestro escritor Fernández de Lizardi, que puede considerarse, por tanto, como el primer novelista hispanoamericano, y que ya en 1816 inició su *Periquillo Sarniento,* seguida luego por *Noches tristes y día alegre* de 1818, *La Quijotita y su prima,* 1818, y finalmente *Don Catrín de la Fachenda,* 1832 (póstuma), amén de otras muchas publicaciones suyas como periodista y autor literario.

ESBOZO BIOGRAFICO DE LIZARDI

No es mi idea entretenerme en él, sino simplemente dar escasas noticias sobre el mismo, que no obstante le situarán lo suficiente para estas notas de mi trabajo.

Se ha discutido mucho su fecha de nacimiento, hoy ya más o menos aclarada, desde que Nicolás Rangel en *El Pensador Mejicano, Nuevos documentos y noticias biográficas* publicó su asiento bautismal en la iglesia de la Santa Cruz y Soledad de Méjico, cuya fecha era la de 15 de noviembre de 1776.

Su padre era médico criollo.

Estudia primeras letras en Tepotzotlan y, luego, en Méjico, Gramática y Latinidad con don Manuel Enríquez, para pasar después al Colegio de San Ildefonso donde estudia Filosofía y Teología.

Casa en 1805 con doña Dolores Orendain. Fue juez interino en Tasco.

En política adopta una situación ambigua, declarándose en parte defensor de la independencia mejicana, aunque a veces sigue partido contrario.

Siempre fue un liberal de pensamiento iluminista, por lo cual sufre percances con la Iglesia y los gobernantes, llega a ser excomulgado y también ingresa en la cárcel.

Se distingue ante todo por sus artículos de carácter satírico y didáctico.

Muere el 21 de junio de 1827, y es enterrado en San Lázaro con honores de capitán. Sobre su sepultura se graba la justa inscripción: «Aquí yacen las cenizas del *Pensador Mejicano* quien hizo lo que pudo por su patria.»

SU EPOCA

Téngase en cuenta que fueron los años de la independencia norteamericana y de la revolución europea y que durante su infancia comienzan a oírse las primeras voces a favor de la ruptura e independencia de España.

Como el clima europeo era el de la enciclopedia e ilustración, en hispanoamérica se empiezan a traducir los libros franceses revolucionarios: 1794, Antonio Nariño, precursor de la libertad colombiana, traduce la *Declaración de los derechos del hombre;* Mariano Moreno, a Rousseau, y el cura Hidalgo, a Voltaire.

También se abre a los nuevos conceptos de la libertad humana y a los estímulos románticos. Se traduce: *El contrato social, Emilio, La Nueva Eloísa*

Prende la actividad periodística revolucionaria: el padre Henríquez publica *La Aurora de Chile;* Monteagudo, *Gaceta de Buenos Aires;* Nariño *La Bagatela;* el propio Fernández de Lizardi, su *Pensador Mejicano* y *Alacena de frioleras,* etc.

Surgen las formas ensayísticas, primero satíricas y luego filosóficas, las sociedades filantrópicas.

Junto a los poemas virgilianos, los artículos de costumbre de fuerte tradición periodística. El costumbrismo que había nacido en Inglaterra pasa a Francia y por último a nuestra patria. Tienen sentido social. Acumulan día a día sus reportajes y pacientemente hacen el inventario de la sociedad.

Este costumbrismo se relaciona con una picaresca tardía. De ella van a ser, en parte, las obras novelescas de Lizardi.

En una palabra, el cambio político filosófico de los antiguos virreinatos los coloca frente a España y a favor de su libertad.

Las manifestaciones literarias en los primeros años del XIX, cualesquiera que sean sus matices, estarán fuertemente asidas a la política, y en ese ambiente surge la obra de Lizardi de tan varia índole. Me he de limitar a sus novelas y de ellas a las aparentemente picarescas.

LA PICARESCA TARDIA

Desde que en 1554 nació en la literatura española el primer brote de novela realista —*Lazarillo de Tormes*— ésta se irá adaptando a las épocas en que se escriben, sin olvidar nunca el mecanismo expresivo con que se crió. A saber: relatos en primera persona —la del pícaro— (por lo que resulta autobiográfica del personaje), y paso del mismo por diferentes estados, a través de los distintos amos a quienes sirve. Dado el carácter realista y el sentido pobre de los medios ambientales, surge fácilmente la crítica más desenfadada, así como el humorismo o la caricatura.

A esos requisitos la picaresca añadirá carácter moral en el siglo XVII, sentido didáctico y social en el XVIII, etc.

Este es precisamente el momento de Lizardi que, por eso, a las preocupaciones de filosofía moral que guiaban a *Guzmán de Alfarache*, con quien tanto se relaciona, se fijará en paradigmas educativos y didácticos.

Lo principal será la pintura de los diferentes medios por donde pasa el protagonista. Aunque resulta costumbrista (no en balde asoma ya el romanticismo), su espíritu burlón y rebelde anuncia terminantemente la novela realista. Vemos en él al Méjico de sus días.

Por eso nos cabe preguntar ¿se trata de verdadera picaresca? Es muy discutible; si tenemos en cuenta el ambiente real de sus descripciones, y que es americano, cabe asegurar que se acerca más a lo que se ha dado en llamar literatura nativista.

Si el pícaro español juega con la vida; es ésta en cambio la que conduce a los personajes del mejicano.

Más que moralidades son enseñanzas de carácter filantrópico rousoniano y educativo. En cierto modo la obra de Lizardi es como el subtítulo de la obra de *Guzmán* una «verdadera atalaya» del Méjico histórico. Por lo que resulta costumbrista, aunque no haya en él el encanto del retrato de las costumbres populares. Su ironía es muy honda y se refiere a todo lo que hay que reformar: repito, es un verdadero educador.

Espiguemos en ésta.

Para Díez Echarri y Roca Franqueza, Lizardi es un espíritu liberal nutrido en la enciclopedia. Lo cual explica su actitud en defensa de la razón y la libertad. De ahí su afán reformador un poco ingenuo. Como buen periodista, retoca y pule poco, por lo cual sus defectos son manifiestos.

Anderson Imbert nos dice que fue indiferente a la causa de la independencia que se iniciaba en sus días pero no a un liberalismo auténtico. Aunque católico, denuncia la responsabilidad eclesial en la ignorancia del pueblo. Su racionalismo muy siglo XVIII es evidente, por lo cual no es un pícaro a ultranza. Se parece más a Lesage, Isla, Torres Villarroel... Su realismo o lo toma en broma o con visión pedagógica de ejemplo. Aspiraba a algo más que a describir una sociedad, quería mejorarla. No fue un filósofo ilustrado, sino cristiano, que trata de conciliar catolicismo con liberalismo.

Para Jiménez Rueda es el mestizo que se planta en la vía pública con un violento deseo de decirnos lo que es y lo que siente. Es un producto de ambiente dieciochesco: fe en la ciencia, en el trabajo, en la bondad innata del hombre.

Aubrun afirma: fue un maestro de escuela que trataba de enseñar con paciencia y obstinación. Por eso su arte espontáneo escapa a los géneros y a las escuelas literarias. Clama por sustituir un régimen social de ricos que oprimen y de poderosos corrompidos. Lejos de dar en la demagogia, se basa en nobles principios.

Luis Alberto Sánchez le llama verdadero Quevedo criollo. Buscar al estilista es error de perspectiva, en cambio inicia el examen del hombre y de la sociedad de Méjico, sin alarde retórico pero con amenidad. Es una mezcla de romántico libertario y de racionalista neoclásico. Representa, pues, al intelectual mejicano de la independencia.

Finalmente, Agustín Yáñez señala a sus personajes como prototipos del «pelado» mejicano, por su miseria orgullosa. No amoral, al contrario, sería capaz de regenerarse y de acostumbrarse al trabajo. Es un débil de carácter.

«DON CATRIN DE LA FACHENDA»

Tengo que terminar estos breves comentarios, por lo que prescindo de la consideración del *Periquillo Sarniento,* que es la obra más conocida y me voy a referir a la para mí más interesante de las suyas,

Don Catrín de la Fachenda, (1832) la más lograda literariamente. (1) No tiene el abigarramiento colorista del *Periquillo,* pero construye mejor, a la manera cervantina, con el enlace de las acciones en capítulos sucesivos. «La ironía con que narra es de lo más fino de la literatura hispanoamericana» nos dice Anderson Imbert.

Su intención didáctica es clara y aparece hasta en el título y en los personajes de tal novela. Al principal, al que da nombre a la obra, lo reconoceríamos en la calle, es un *catrín.* Apelativo aún vivo en Hispanoamérica. Su crítica a los *fachendosos* o fingidores señala la descomposición de la sociedad hispanomejicana de sus días.

EL LENGUAJE VULGAR EN «DON CATRIN»

Desmenucemos su estilo literario: en época de preciosismo o retoricismo escribe conforme el pueblo hablaba, e incluso del mismo adopta vulgarizaciones sin cuento, de las que se hubieran avergonzado los *petimetres,* conforme pululaban en las vertientes de aquellos dos siglos por las tierras de la verdadera *Nueva España.*

Este es el último aspecto de mi trabajo y quizá el más original y el que mejor enlaza a Fernández de Lizardi con cierto rasgo de los novelistas hispanoamericanos actuales, que utilizan lo que ha venido en llamarse lenguaje coloquial. Por lo cual, a mi modesto entender, resulta tal escritor del Méjico decimonónico precursor de formas actuales y de estilo muy usado en la novelística actual.

Catrín, nombre al pie exacto de la realidad que desea desvelar: «¿Qué mal hace un *catrín* en vestir con decencia, sea como fuere, en no trabajar, como los plebeyos, en jugar lo suyo o lo ajeno, en enamorar a cuantas puede, en subsistir de cuenta de otros, en holgarse, divertirse, y vivir en los cafés, tertulias y billares? ¿Acaso esto o mucho de esto no lo hacen otros mil, aunque no tengan el honor de ser *catrines?*» (2).

Respecto a *Fachenda,* nos dice Lizardi: «hay una clase de *catrines,* quiero decir, jóvenes, tal vez bien nacidos y decentes en ropa; pero ociosos, ignorantes, inmorales y *fachendas,* llenos de vicios, que no contentos con ser pícaros quisieran que todos fueran como ellos. Estos bribones inducen con sus indignas conversaciones a la gente sencilla e incauta, y la disponen a ser tan malos como ellos».

«Apenas oí yo citar a los *Catrines* de *Fachendas,* cuyo apellido he tenido la dicha de heredar, cuando volví por su honor y dije: padre-

(1) José Joaquín de Lizardi: *Don Catrín de la Fachenda,* Buenos Aires, 1967. Prólogo de Julio Caillet-Bois.

(2) *Op. cit.,* p. 97.

cito, modérese usted; los Catrines son nobles, cristianos, caballeros y doctos; saben muy bien lo que hablan; muchos fanáticos los culpan sin motivo» (3).

El Diccionario de la Real Academia define a *Catrín* como «petimetre», y a *Fachenda,* «vanidad, jactancia».

No hay duda de que Lizardi, a veces, utiliza fuentes literarias, bien declaradas o no menos claras, por su evidencia: Blanchard, Rousseau, Cervantes, Quevedo... Pero sus momentos cumbres y actuales los logra al rebajar la expresión, y llenarla de popularismo para mostrar cómo se hablaba en el Méjico de la Independencia, por las gentes del pueblo llano.

Veámoslo, sin acudir a estructuras críticas reñidas con la llaneza sino a la simple sucesión con que aparecieron a través de los capítulos de tan «precioso librito» (4). Colocaré notas a las expresiones vulgares o coloquiales para su rápida identificación en el texto.

Don Catrín, desde pequeño, es émulo de los grandes latinos, a imitación de los cuales compone versos, mientras los indoctos compañeros «se rebanaban las tripas de envidia» (5), cuando le fue preciso «bachillerear contra mi gusto» (6); aunque «charlatanerías» (7) le llevan a la profesión militar, pues las tareas literarias tan sólo producen, si lo hacen, «al cabo de los años mil» (8).

Trata de formarle, su tío cura, «que a la verdad no lo tragaba» (9), «dejándome bien amostazado con su sermón impertinente» (10). Desiste de un buen empleo, ya que «cuando vaque una plaza de empleado en la que yo deba colar, se aparece un don Fulano cargado de recomendaciones, me lo encajan encima, y me quedo en la calle...» (11). «Un don Catrín no debe aspirar a ser trapero, ni mucho menos a embutirse tras de una taberna...» (12).

Nada de eso, y como final de su vulgar pero expresivo coloquio con Precioso, «todo es hacerse», «verás qué videta nos raspamos» (13). El padre accede a ruego de la madre, «mas que se quedaran sin colchón» (14).

---

(3) *Op. cit.*, p. 97.
(4) *Op. cit.*, p. 27.
(5) *Op. cit.*, p. 31.
(6) *Op. cit.*, p. 33.
(7) *Op. cit.*, p. 34.
(8) *Op. cit.*, p. 34.
(9) *Op. cit.*, p. 36.
(10) *Op. cit.*, p. 39.
(11) *Op. cit.*, p. 40.
(12) *Op. cit.*, p. 40.
(13) *Op. cit.*, p. 41.
(14) *Op. cit.*, p. 41.

Ya lo tenemos, «en dos por tres» (15) lejos de «los mazorrales del curato» (16) del tío, hecho un señor militar y permitiéndose el lujo de no quedar «mujer conocida en México cuya honra no sirviese de limpiadientes a mis camaradas...» (17). «Trilló la fama de cuatro graves religiosos y nada menos que prelados y si la conversación dura más las togas, las prebendas, el bastón y el báculo de México quedan hechos harina debajo de su lengua» (18), frente al disgusto de don Catrín aún no hecho a aquel vivir. Por lo cual «una burleta general fue la salva de mi respuesta» (19). «¡Valiente mona tenemos por compañero de armas!... se conoce que eres un pazguato de más de marca... pues tu tío, un clerizonte viejo, fanático y majadero a prueba de bomba, a quien yo hubiera echado al perico tiempos hace...; el viejo tonto de tu tío. Muerte, eternidad y honor son fantasmas, son cocos con que se asustan los muchachos»... (20). Y ya lo ves «que parece que no sabe quebrar un plato» (21).

La situación termina en refriega, pues Tremendo le increpa: «so botarate..., pues ni San Pedro me ha hecho quedar mal en esta vida..., porque yo no aguanto pulgas y por vida del gorro de Pilatos... te he de enviar a buscar el mondongo y la asadura más allá de la región del aire...» (22). A lo que contestó Modesto «los más matones son los más cobardes..., y no será razón impedirle [al lector] que tome un poco de resuello» (23).

La discusión y riña consiguiente prueban que don Catrín no «tuviera miedo a un patarata hablador..., porque si le acierto el primer tajo con el vasazo de aguardiente, bien puede ver donde lo entierran... vamos amiguito...» (24). «Comenzó a tirar tajos y reveses al montón que Dios crió» (25) y «haciendo de tripas corazón» (26).

El tono didáctico de la obra, muy siglo XVIII, hace que como cierre del capítulo se «pretende vomitar de una vez toda erudición» (27).

Lógico fue que el nulo bagaje moral de don Catrín le llevara: «a divertirme con las hembras y los naipes, a no dejarme sobajar de

---

(15) *Op. cit.*, p. 43.
(16) *Op. cit.*, p. 43.
(17) *Op. cit.*, p. 44.
(18) *Op. cit.*, p. 45.
(19) *Op. cit.*, p. 46.
(20) *Op. cit.*, pp. 46-47.
(21) *Op. cit.*, p. 48.
(22) *Op. cit.*, p. 49.
(23) *Op. cit.*, pp. 49-50.
(24) *Op. cit.*, p. 53.
(25) *Op. cit.*, p. 52.
(26) *Op. cit.*, p. 53.
(27) *Op. cit.*, p. 54.

nadie» (28)... «pegar un petardo a un avariento...» (29). «¿Santuchos y moralistas rígidos?... ¡Ah qué dos años!» (30), «que quien da primero da dos veces... acordándome que donde las dan las toman» (31).

Su ¿éxito? fue indudable: «un enjambre de muchachas corrientes y marciales de las cuales las más eran de título, aunque no de Castilla» (32).

Hasta llegó a pretender a una fea y adinerada joven, Sinforosa, «la chata...» (33), hija de «un viejo chocho» (34), éste, «el achicharronado señor» (35), «con ojos de serpiente pisada» (36) y «cara de vinagre», se opone por suponer las intenciones del pícaro y «se cansó de darme de patadas» (37).

Los amigos le aconsejan siga: «Y así tírale seguido y no seas bobo... y ya contaba yo con la polla en el plato» (38). «Aunque lo puedo perder con más facilidad que un albur a la puerta» (39).

El episodio, con ribetes de amorío, lleva a don Catrín fuera del ejército y a tener que vivir de la *catrinería*, o sea de la *picardía;* ello me facilita el que omita el comentario de las frases últimas elegidas y me limite simplemente a la mera inserción de las mismas y sólo las principales, ya que además ellas por sí solas se comentan.

«Te pude haber tirado la cabeza sobre las astas de capricornio» (40); «se me arrancó de cuajo» (41); «mondo y lirondo» (42); «cada oveja con su pareja» (43); «pues tú estás de vuelta y nosotros arrancados» (44); «yo les pintaba pajaritos» (45); «ni de malos bigotes» (46); «tenía muchas chinches» (47); «se ha valido de estas perras [por mujeres]» (48); «que me componía la mascada», «le tiré un silletazo» (49); «se tendió de barriga para reírse» (50); «una videta

(28) *Op. cit.*, p. 60.
(29) *Op. cit.*, p. 61.
(30) *Op. cit.*, p. 62.
(31) *Op. cit.*, pp. 58-59.
(32) *Op. cit.*, p. 63.
(33) *Op. cit.*, p. 66.
(34) *Op. cit.*, p. 68.
(35) *Op. cit.*, p. 67.
(36) *Op. cit.*, p. 68.
(37) *Op. cit.*, pp. 67-68.
(38) *Op. cit.*, p. 65.
(39) *Op. cit.*, p. 67.
(40) *Op. cit.*, p. 59.
(41) *Op. cit.*, p. 63.
(42) *Op. cit.*, p. 70.
(43) *Op. cit.*, p. 72.
(44) *Op. cit.*, p. 73.
(45) *Op. cit.*, p. 74.
(46) *Op. cit.*, p. 74.
(47) *Op. cit.*, p. 75.
(48) *Op. cit.*, p. 77.
(49) *Op. cit.*, pp. 83 y 90.
(50) *Op. cit.*, p. 91.

alegre» (51); «ni por otras frioleras» (52); «una señorita de no malos bigotes» (53); «ya estaba yo en pelota» (54); «que me sonara en mis papeles» (55); «nos dimos una aporreada» (56); «tal tarea de trancazos» (57); «pero nos echamos corral nosotros mismos» (58); «porque estaba cojo de remate» (59); «comió y bebió esta vez a mis costillas» (60); «los llenaran de llagas y de landre» (61); «unos pingajos puercos» (62); «hablando como un perico» (63); «se me quitaba la chispa» (64); «ya boqueando», «bajando su cadáver caliente» (65).

Estimo haber probado cómo en el lenguaje de Lizardi aparece ese lenguaje coloquial y vulgar que da a su estilo características bien seguras y claras de modernidad.

En párrafo final anoto los diminutivos que aparecen en *Don Catrín*, los cuales aumentan, en cuanto a la expresión, el factor popular ya creo que bien probado: «viviendita», «feisita» (66); «palabritas» (67); «baulito», «tantitas» (68); «cuartito» (69); «piquillos» (70); «pajaritos», «mesita» (71); «caballeritos», «ollita» (72); «colchoncillo», «viejecita» (73); «braserito» (74); «pobrecito» (75); «cuzquilla» (76); «cosillas» (77); «trapillos» (78); «galita» (79); «fraquecillo», «coquetilla» (80); «tontonote» (81); «cascarita» (82); «pantaloncillo» (83);

---

(51) *Op. cit.*, p. 95.
(52) *Op. cit.*, p. 97.
(53) *Op. cit.*, p. 99.
(54) *Op. cit.*, p. 103.
(55) *Op. cit.*, p. 103.
(56) *Op. cit.*, p. 104.
(57) *Op. cit.*, p. 104.
(58) *Op. cit.*, p. 109.
(59) *Op. cit.*, p. 113.
(60) *Op. cit.*, p. 114.
(61) *Op. cit.*, p. 117.
(62) *Op. cit.*, p. 118.
(63) *Op. cit.*, p. 118.
(64) *Op. cit.*, p. 118.
(65) *Op. cit.*, pp. 129 y 130.
(66) *Op. cit.*, pp. 64 y 65.
(67) *Op. cit.*, p. 66.
(68) *Op. cit.*, pp. 66 y 67.
(69) *Op. cit.*, p. 71.
(70) *Op. cit.*, p. 71.
(71) *Op. cit.*, p. 74.
(72) *Op. cit.*, pp. 72 y 75.
(73) *Op. cit.*, p. 75.
(74) *Op. cit.*, p. 75.
(75) *Op. cit.*, p. 76.
(76) *Op. cit.*, p. 77.
(77) *Op. cit.*, p. 78.
(78) *Op. cit.*, p. 78.
(79) *Op. cit.*, p. 81.
(80) *Op. cit.*, pp. 78 y 87.
(81) *Op. cit.*, p. 95.
(82) *Op. cit.*, p. 101.
(83) *Op. cit.*, p. 101.

«estopilla» (84); «cañita» (85); «poquillo» (86); «punterillo» (87); «callejoncito» (88); «pobrecito cojito» (89); «tantita» (90); «bocaditos» (91); «defectillos» (92), y otros más.

Traté de un gran fenómeno de la época de la independencia: la *catrinería* y de sus formas expresivas. Para ella esa definición tan sugestiva propuesta por Lizardi: «El *catrín* es una paradoja indefinible» (93).

FRANCISCO SANCHEZ-CASTAÑER

San Nicolás, 10
MADRID

(84) *Op. cit.*, p. 84.
(85) *Op. cit.*, p. 102.
(86) *Op. cit.*, p. 104.
(87) *Op. cit.*, p. 111.
(88) *Op. cit.*, p. 112.
(89) *Op. cit.*, p. 116.
(90) *Op. cit.*, p. 118.
(91) *Op. cit.*, p. 121.
(92) *Op. cit.*, p. 128.
(93) *Op. cit.*, p. 89.